

Notas

¹ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 12.¹

² Carmen Ramos Escandón, "Señoritas porfirianas: mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910", en *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, p. 143.

³ María Teresa León de Martínez,

Cartas, Guadalupe Lozada León (pról.), México, Breve Fondo Editorial, 1996, p. 24.

⁴ Cecilia Olivares Mansuy, "Enriqueta y Ernestina Larrainzar, crónicas de viaje", en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, p. 319. Texeidor recupera el texto de Isabel

Pesado, *Apuntes de viaje de México a Europa en los años de 1870, 1871 y 1872*, París, Garnier, 1910, en Felipe Texeidor, *Viajeros mexicanos. Siglos XIX y XX*, México, Letras de México, 1939.

⁵ Philippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Buenos Aires, Taurus, 1991, vol. 8, p. 168.

⁶ María Teresa León..., *op. cit.*, pp. 25-26.

⁷ *Ibid.*, pp. 89-90.

El Zodíaco Mariano en la irradiación de nuevas luces

María Dolores Bravo

Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo, *Zodíaco Mariano*, introducción de Antonio Rubial, México, Conaculta, 1995.

Es innegable, dentro de la perspectiva histórico-literaria del siglo XVII novohispano, el hecho de que las grandes personalidades intelectuales son criollos y religiosos. A esto se debe la convergencia de que la textualidad de la época exprese los dos valores esenciales que rigen la mentalidad de tiempos de sor Juana: la religiosidad y la manifestación de una elaborada gama de rasgos de identidad que significan y distinguen la diferencia y la excelencia de su Nueva España. En un contexto que comprende la vida terrena en función de la trascendencia, es natural que para la exaltación de la tierra se busquen símbolos y representaciones que marcan a la patria criolla como una tierra de elección. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que no hay casi ningún escritor en el que no se manifieste, de una manera u otra, una sustantiva expresión en la que

aparezca un espacio novohispano y en la que no se exprese el designio divino de haber elegido a este territorio como tierra de promisión.

Dentro de la vastísima textualidad virreinal creada por criollos, ya sean poetas, historiadores, cronistas o predicadores y oradores, destaca un libro excepcional que inexplicablemente no se había vuelto a editar desde 1755. Me refiero al texto que hoy celebramos prologado de manera excelente por el historiador Antonio Rubial. Impreso por el también jesuita Juan Antonio de Oviedo medio siglo después de la muerte de Francisco de Florencia, Rubial otorga la coautoría al biógrafo de Núñez de Miranda al decir:

[Oviedo] corrigió el manuscrito, eliminó lo que consideró digresión, compendió algunas partes y agregó las narraciones de muchas imágenes de las que Florencia no había tenido noticia. Por todo ello se puede considerar al padre Oviedo como coautor del *Zodíaco* en su versión final (p. 19).

Francisco de Florencia, llamado por De la Maza el último de los "evangelistas guadalupanos", fue sin duda el más destacado escritor mariano de su tiempo; a él se debe el último y gran libro que fija definitivamente en la conciencia y en lo más profundo del afecto novohispano, la licitud de la aparición de la virgen de Guadalupe. No obstante, y además de ser la imagen del Tepeyac, junto con la de Los Remedios, el más importante culto del altiplano central, Florencia extiende la acción vivificadora de María por toda la Nueva España. En su *Zodíaco Mariano* recoge la advocación que cada uno de los obispos que componen el vasto territorio novohispano tiene por la Madre de Dios, para patentizar que en todos los rincones del reino se vive el culto a María. Ésta, la idea de la irradiación cósmica y luminosa, es precisamente la que guía al escritor: la gracia sobrenatural que la virgen desparrama en "los signos y casas propias" de Nueva España. La idea del zodíaco como recorrido del Sol por cada una de las casas astrales es usada por el también je-

suita Núñez de Miranda para significar en cada signo una de las virtudes primordiales:

Assi Vuestro Cuerpo Sacramentado en el espiritual cielo de nuestras almas coloca este libro las doze Maximas o Signos para que en allos asistiendo el hermoso Sol de nuestra soberania, se forme en nosotros un diario de virtudes y es assi porque la primera que es huir la mortal culpa es el signo Aries que nos hace de cortos oídos y erguido cuello cuando evitamos los halagos de la culpa (Núñez de Miranda).

Pido disculpas por la larga cita del confesor de sor Juana, pero considero que es ilustrativa la idea de ambos escritores de cómo el Sol (Cristo) recorre tanto las almas de los fieles en las virtudes, como lo hace en la tierra novohispana con las imágenes marianas para dar sus dones de salvación.

La estructura de la crónica mariana de Florencia-Oviedo es tónica, y parte de los espacios sagrados que lo son por el culto que en ellos se practica, y es también trascendente, ya que en los santuarios el creyente encuentra los favores celestiales y redentores otorgados por la virgen a sus fieles. Después de narrar la historia de la imagen y del lugar que la aloja, siempre con los tintes del prodigio y la elección sobrenatural, Florencia relata su culto, sus fiestas y después incluye la narración de los portentos y milagros realizados por la imagen. Es bien sabido que en el profundo universo religioso de la época lo natural y lo sobrenatural se interfieren como zonas de la realidad con igual validez, de ahí que los milagros, las apariciones, los dones derramados, los indultos conseguidos, los favores otorgados, sean parte de la "natural" presencia de la virgen a sus

devotos. Yo quisiera destacar que es precisamente en las descripciones de estos sucesos cuando la escritura barroca de Florencia y posteriormente la de Oviedo, alcanzan su más consumada y característica expresión. La arbitrariedad de las coordenadas de la realidad, las proliferas narraciones, lo enrarecido de los acontecimientos, la construcción de largos periodos sintácticos en los que intencionadamente se intercalan enrevesadas subordinaciones, hacen del *Zodiaco* una auténtica narración barroca. Sólo tomaremos un ejemplo de los muy numerosos que contiene el libro. Se refiere la historia de un creyente a quien, por defender su fe, le fue cercenada la lengua por "piratas herejes". Acude al santuario de Iztamal a pedirle a la virgen que se la restituya:

Y habiendo llegado al santuario, puesto de rodillas ante la sagrada imagen, le pidió con mucha confianza le restituyera la lengua. ¡Cosa rara! Comenzó luego a crecer poco a poco la carne de la lengua y prosiguiendo por nueve días en su demanda, al último día de su novena halló con la lengua sana y entera, y prometió emplearla en ser perpetuo pregonero de tan grande maravilla, y esmerarse en adelante en la devoción de tan gran Señora (p. 66).

No obstante, y a pesar de los múltiples prodigios obrados por la gran cantidad de imágenes que consigna, se deja entrever la predilección que Florencia siente por las imágenes de los Remedios y de la Guadalupana. Ambas aparecen juntas en el libro y su relación no es sólo geográfica, sino simbólica e ideológica, ya que la primera es la patrona de los "gachupines", mientras la segunda lo es de los "criollos". La importancia que Florencia

les otorga a estas advocaciones se patentiza también en que sobre ambas escribe sendas obras. Sobre la Guadalupana *La estrella del norte de México*, y acerca de la de los Remedios, *La milagrosa invención de un tesoro escondido... patente en el santuario de los Remedios*. Con anterioridad nos hemos ocupado del texto escrito sobre el icono de los Remedios y en él señalábamos cómo Florencia hace énfasis en la rivalidad entre las dos imágenes y también en las coincidencias, como lo es el hecho de que ambas se hayan aparecido a indígenas recién convertidos al cristianismo y llamados Juan. Florencia nos explica que el protagonismo de los dos Juanes es importante porque ese nombre quiere decir "gracia", lo cual sublima teológicamente a ambos indígenas, ya que ellos, como el evangelista san Juan, son transmisores de buenas nuevas. Lo mismo ocurre con la virgen de Ocotlán, quien diez años después que la de Guadalupe, se aparece a un indio llamado Juandiego. Es indudable que el historiador quiere enfatizar el tono de sagrado designio que hace que los protagonistas tengan un nombre profético, evangélico, y que siendo naturales de estas tierras estén marcados por el carácter divino de los elegidos.

El prodigio, el entrelazamiento de lo fáctico con lo prodigioso, son constantes de este extraordinario texto. La incitación a leerlo y la contextualización histórica y cultural del culto mariano tanto en la península como en la Nueva España, empieza con el iluminador prólogo de Antonio Rubial, espléndido por muchos motivos. Creemos que es la idónea antesala del *Zodiaco Mariano*.

Insertada en toda una causalidad dentro del desarrollo y consolidación del cristianismo primitivo, la devoción a la virgen se consolida

en el continente europeo y alcanza una extraordinaria profusión de imágenes en España, cerca de 22,000 según señala el historiador ante la sorpresa de los lectores. Refiere puntualmente cómo el interés en su culto fue promovido por grandes santos como san Bernardo y san Anselmo, quien pone especial énfasis en “resaltar la humanidad de Cristo y en el dogma de la encarnación” (p. 14).

La invasión islámica se enfrenta no sólo como una contienda militar sino básicamente espiritual, en la que la virgen tiene un rol protagónico de gran importancia. También señala el punto climático al que había llegado el culto mariano en la península en el momento de la conquista, y cómo ésta, en su concepción providencialista, extiende la devoción a la virgen en tierras americanas.

Antonio Rubial tiene una concepción integral del acontecer histórico, y su estudio resulta enriquecido con apreciaciones tomadas de la historia de la cultura, al enfatizar:

la cultura barroca católica reforzó el papel intercesor de la Madre de Cristo, su efectividad para sacar almas del Purgatorio, su poder para aplastar la herejía (p. 16).

De gran interés es su análisis ideológico de cómo a la llegada de los españoles surge un sincretismo en los cultos de las imágenes femeninas indígenas y españolas, y el esfuerzo de los misioneros por deslindar dogmáticamente a las deidades prehispánicas de la verdadera Madre de Dios. No obstante, la participación de mestizos y criollos, sobre todo la de estos últimos y “ante la actitud despreciativa del peninsular desarrollan un difuso sentimiento de diferenciación” (p. 18). Son estos grupos “sin memoria histórica” los que promueven la devoción hacia un gran número de “imágenes autóctonas surgidas en las más variadas regiones de Nueva España. Las vírgenes de Guadalupe, Ocotlán, Zapopan... se convirtieron en elementos que aglutinaron la conciencia colectiva fomentando la formación de identidades locales y de un incipiente nacionalismo” (p. 18).

El investigador nos da una amplia referencia de las fuentes usadas por Florencia y posteriormente por Oviedo. En esta consignación aparecen los más destacados cronistas de órdenes religiosas de los siglos XVI y XVII. De gran interés y de imprescindible guía para el lector es la explicación de cómo el Zodiaco “es todo un tratado sobre la forma como se entrelazan las reli-

giosidades indígenas y occidentales. A la práctica española de la romería o el jurar por la corona de la virgen de Izamal se suman las danzas, tocotines y música prehispánicas” (p. 24). La interrelación entre los cultos públicos y privados en la Madre de Dios resulta fascinante y reveladora para el lector. Rubial la destaca con un minucioso análisis de las costumbres de la época.

Anteriormente mencioné la concepción integral que de la historia tiene el investigador. Su profundo conocimiento de la cultura novohispana logra un estudio crítico en el que está presente un enfoque interdisciplinario, donde sobresalen las múltiples cualidades que el libro de Florencia y Oviedo tiene para la historia del arte, la antropología, los estudios etnográficos y, en síntesis, para la historia de las mentalidades, disciplina de la cual Antonio Rubial es un acucioso investigador.

Trascendental para la historia y la literatura resulta la publicación de este libro. Quisiera terminar mi participación con una expresión coloquial que resalta la importancia del texto mariano novohispano con lo ajustado que para él resulta el estudio introductorio; se ajusta al otro “como el cordón a la medalla”.

La maquinaria burocrática novohispana: su estructura y funcionamiento

Víctor Gayol

Horst Pietschmann, *Las reformas borbónicas y el sistema de intendencia en la Nueva España: un estudio*

político administrativo, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1996, 322 p., mapa.

De Horst Pietschmann (Bremen, 1940), catedrático alemán de las universidades de Colonia, Brielefeld y Hamburgo, los lectores mexica-